Año 1989

PREGON FLAMENCO
DE LA SEMANA SANTA DE JEREZ

PARA el Pregonero, la Semana Santa de Jerez, ante todo, es sentimiento, oración callada, saeta de amor, quejío flamenco.

Por eso, permitidme, antes de dar comienzo a mi humilde Pregón, que el Pregonero quiera tener aquí un recuerdo muy sincero y emocionado, para una mujer, a la que quiso como a una verdadera hermana y que, hace ya ~~tres~~ DOS Semanas Santas, que no está con nosotros; a una mujer que, como cristiana, como gitana y como flamenca, vivió y amó intensamente, durante toda su vida, nuestra Semana Mayor, dando siempre un constante ejemplo de sentimiento, de fé y de dolor flamenco por su Cristo y por su Virgen de la Esperanza.

Y evoco aquí su figura, imborrable para mí, de gitana buena, caminando cada Semana Santa tras el Nazareno de San Lúcas, en cumplimiento de una vieja promesa; ó cantando saetas en la Capilla ~~su templo~~ de La Yedra, ~~para Ella sola~~, a la Señora que es la Estrella de la mañana, que era su única ESPERANZA ~~estrella~~ y guía; ó cantándole, asomada al balcón de Luisa la Caracola, en las mañanas de recogida, camino ~~en~~ del viejo convento de Madre de Dios, allá por el comienzo de los años sesenta. Siempre la Virgen de la Yedra, en su vida. Siempre, la Esperanza.

Como estuvo presente en su vida de gitana, con sangre de este barrio, el Cristo de las Melenas, el de los flamencos de San Telmo, a cuya ermita acudía todos los años, con los suyos, a rezarle y a besar sus pies, con verdadera devoción. Cristo de la Expiración, al que todos pedíamos por su salud, y que quiso llevársela para siempre, para que le siguiera cantando saetas, allá en el infinito de las almas buenas. ~~sus cielos.~~

Porque esa mujer, esa flamenca, flamenca doble, por gitana y por cantaora, hacía una de las saetas más impresionantes y sentidas que yo he podido escuchar en toda mi vida.

Y porque su voz, ~~su voz,~~ su belleza y su alegría --y tambien su pena--, todavía permanecen con nosotros, los que fuimos sus hermanos, a ella quiero dedicarle mi pregón flamenco, en esta noche del Viernes de pasión, que lleva su nombre, Viernes de Dolores, como regalo espiritual y evocador, de lo que tantas veces vivimos juntos, ~~en el día de su santo~~ a la manera flamenca, cada Semana Santa.

A tí, Dolores, en los cielos de Jerez, para que ~~tú y~~ el arte que Dios te dió y que se llevó contigo, me inspiren este Pregón, déjame acordarme, ~~escucharte~~ una vez más, de tu saeta inolvidable; la misma saeta que can-

tara como nadie tu padre Tomás; y la misma que creó y cantó tu tío Manuel Torre; a tu misma Virgen y a tu mismo Cristo, cada Viernes Santo de cada Semana Santa, en esta ~~nuestra~~ tierra, que ya te cubre, después del más doloroso Calvario, Virgen jerezana y morena.

Porque tu vida, tu saeta, tu arte de gitana pura ~~buena~~, tu cante y tu fé de mujer del pueblo, fueron para mí el mejor Pregón Flamenco de la Semana Santa de Jerez. Un pregón vivído e irrepetible.

Por todo ello, que Dios de tenga en su eterna Gloria.

Por tu saeta nazarena
de la estirpe de los Torre,
por tu arte y por tu pena,
jamás a mí se me borre
tu voz de gitana buena;
Dolores, Dolores Torre.

Sin sentimiento, no hay emoción. Sin sentimiento, no hay arte, no hay dolor, no hay amor.Sin sentimiento, no puede haber vida.

La Semana Santa de Jerez ha sido siempre, a niveles populares, y sin género alguno de dudas, la "Semana del Sentimiento", por antonomasia. Un sentimiento a flor de piel, libre y ~~sanamente~~ religiosamente manifestado por nuestro pueblo, dejándose llevar por los impulsos y latidos del corazón, más que por la cabeza, en la contemplación de los misterios de nuestra Redención que, cada primavera, nos renuevan perfumes de azahar por Larga y Corredera, entremezclados con aromas de incienso y de cera quemada.

El pueblo de Jerez, nuestro pueblo, nuestra gente, la sencilla y guapa gente de la calle, que se arrebuja en las plazoletas o se arracima en cierros y balcones, para contemplar extasiada los desfiles de nuestra Semana Santa, vive intensamente estos días, volcada serenamente hacia Dios, descubriendo al Dios vivo, que muere por los hombres, en ese silencio de cal y azucenas entreabiertas, que es el deslumbrante tirón cordial de la estética que se nos asoma por los ojos, y que, hecha música de marchas procesionales, se nos cuela por los oídos del alma; o se nos hace olorosa primavera en agráz; mientras paladeamos,allá en las más recónditas alcobas del alma, la razón última que llena de sol nuestra vidas; hasta hacernos capaces de llegar a palpar la propia luz del misterio, que inunda de tanta hermosura y belleza soleada, el fanal de la gracia.

Así lo vé, así vive el pueblo de Jerez, emotivamente, el misterio de la Pasión. Con los propios ojos del sentimiento, hecho fé arrolladora, cabal y sencilla.

Ver, oir, oler, gustar y palpar. Amar, en suma, con los cinco sentidos corporales, la Semana Santa. Cinco sentidos y un solo sentimiento, flamenco por verdadero. Un sentimiento indestructible, ancho y grande, nacido del corazón, que nos lleva y que nos trae por las calles y plazas de los barrios de Jerez, para vivir y sentir la Semana Santa, en todo lo que tiene de profundo y, al mismo tiempo, de anacrónica belleza plástica, que nos aturde, nos envuelve y nos embelesa, con emoción y recogimiento.

Porque, aquí, en Jerez, la Semana Santa la vivimos con los cinco sentidos puestos en ella. Se la vé, se la oye, se la huele, se la paladea y hasta se la toca. Todo, emocionada y entregadamente. Con un sexto sentido, catalizador; un supersentido espiritual, que lo purifica y lo engrandece todo, haciendolo más intemporal, celestial y glorioso: el sentimiento que cada jerezano pone en su Semana Santa. Lo mismo el cofrade, como el cristiano de a pié, el que espera en la acera que pase la procesión.

Ese mismo sentimiento que pone el jerezano -- y más, si es de La Plazuela, o de Santiago --, en la interpretación del cante jondo; hasta el punto de haber llegado a transformar, algo tan insípido y folklórico, como era la vieja saeta salmodiada de siglos pretéritos, que se decía en Jerez, en la majestuosa, solemne, hermosa, desgarrada y flamenquísima saeta por seguiriyas, de nuestros dias.

Una saeta, la saeta flamenca de Jerez, que tambien es posible, gracias a ese sentimiento que desborda nuestro ser en estos días de la Semana Santa; y que de ~~ser una~~ saeta insípida y pueblerina, pasó a convertirse en "el cante gitano, que llora por el mejón de los nacíos", como bien dice el dicho popular.

Esas mismas saetas que vais a escuchar, al final de mi pregón, en las voces de dos saeteros extraordinarios: Carmen Jara y Manolo Carpio, primerísimos premios de los tradicionales certámenes de "Saetas en la Calle" de esta peña, que creamos, al alimón, hace 18 años, Antoñín Benitez y yo, concretamente en la Cruz Blanca del Consistorio, para más detalle.

Por cierto que hay una vieja saeta jerezana, quizás de las más antiguas, que tiene mucho que ver con el primero de esos cinco sentidos que solemos poner los jerezanos, no solo en la Semana Santa, sino en casi todas nuestras cosas. Una saeta que nos habla de agonía y de muerte, de bondad infinita y de amorosa entrega. Una saeta que llamó la atención del mismísimo don Antonio Machado y Alvarez (Demófilo), a mediados del pasado siglo, por encontrar en ella una expresión que jamás había/hallado ~~encontrado~~ en el habla de toda Andalucía: esparpitaos; los ojos esparpitaos...

Presente ahí lo tenei,
ar mejón de los nacío;
lo sojo esparpitáo
y er rostro escoloríó.

Con los ojos esparpitáos. Así muere El Cristo, en su cruz velera. Y así suele ver el hombre sencillo de la calle, el jerezano anónimo de nuestro pueblo, la Semana Santa de su tierra. Con los ojos esparpitáos. O lo que es igual, con la mirada sorprendida por el misterio. Con una mirada limpia y abierta, tan desencajada como la que lleva ese Cristo expirante, que pasa ante nosotros, pendiente de ese palo mayor del navío de San Telmo.

Velero de sol y luna, vida y muerte, cada Viernes Santo, a las 5 en punto de la tarde, en esa puerta de cuadrillas de la plaza del Cristo, donde sus cuadrilleros, túnicas churriguerescas de luto egipciaco, enarbolan a cara descubierta la fé de un pueblo, más que de un barrio, porque todo Jerez es cofrade del Cristo; elevando el ancla de nuestras miradas y de nuestras saetas, en ese puerto de salvación de las playas de San Telmo, que es la ermita de los barqueros, de El Portal y de La Corta.

Barca, velero, navío que enfila el mar de los corazones de Jerez, con olas en su escudo, y pasa por la calle Larga, a hombros de su gente pechisacá y tagarninera, hasta alcanzar la Lancería, donde yo quisiera que volviera a escucharse aquella saeta centenaria al

Cristo de la Expiración
que vás por la Lancería,
el que se lleva la palma
de toas las cofradías.

La palma, el laurel y el cetro, porque Jerez no puede apartar ya, para siempre jamás, sus ojos de los ojos esparpitáos del que es, por antonomasia, el Cristo de Jerez.

Se oye una ronca trompeta. Suenan tambores destemplaos. Lo dice otra vieja saeta jerezana. La procesión se va acercando, hasta donde nosotros nos encontramos. Las marchas procesionales nos van abriendo las puertas y los balcones del alma, para que dejemos pasar, hacia nuestro corazón, el significado de tan brillante cortejo.

Se siente una ronca trompeta
y los tambore destempláo,
delante lleva un pregonero

que pregona en arta vó
la muerte der Nazareno.

Es la noche de Jesús. El Nazareno se detiene un momento, ante nosotros. Entre el tropel de gentes, un hombre le vá ayudando. Mientras (le canta Isabelita de Jerez:

Fijarse bien en Marquillo,
con la pluma en er sombrero
y lo cordele ar brazo,
jalando der Nazareno.

Estamos inmersos en una de las más viejas estampas cofradieras, que puedan darse en Jerez. Cristina es un oasis donde nos gustaría quedarnos indefinidamente, porque en San Juan de Letrán sabemos que se encuentra el pozo que contiene el agua limpia de la Verdad sin límites.

Pare mío Nazareno,
que vás sufriendo y penando
y ese mardito judío
de tu cuerpo vá tirando.

Los tambores y las trompetas siguen hiriendo el silencio de la madrugada. El gentío se arremolina alrededor del Nazareno, a quien cantaba Manuel Torre:

Ar son de ronca trompeta,
a la vó der pregonero,
er pueblo se escandaliza,
er pueblo se arborotaba,
en vé la muerte amarga
der Nazareno.

Pero, por San Miguel, la música, se hace silencio. Tan solo tres golpes secos de martillo, para que se abran sus puertas, al aire de la madrugada del Viernes Santo. Y allí estará tambien el saetero, como en tantas encrucijadas. La multitud sobrecogida, bajo los naranjos en flor, se siente identificada con la voz del [illegible] [illegible] Gran Aliaño:

De oro son la potencia,
y la corona de espina;
y la sangre le chorrea
por su carita divina.

[illegible] En la madrugada, como un anuncio de muerte, los tambores,

allá a lo lejos, seguirán sonando destemplaos, entre oxidadas y roncas trompetas.

Ver, oir... Oler. "Ya huele a Semana Santa", solemos decir.
Desde el Domingo de Ramos, parece que sin azahar, no podríamos concebir nuestra Semana Santa. El aroma del azahar, en nuestras calles principales, es algo consustancial al espíritu de la primavera, que nos anuncia por doquier la Pascua Florida de un Cristo que muere, pero que tambien habrá de resucitar.

Y con el azahar, todas las flores del mundo son pocas, para enjoyar nuestros maravillosos pasos de palio.

Si los pasos de misterio, alternan los campos de lirios, con los montes de claveles, los pasos de Dolorosas rivalizan en azucenas, nardos, gladiolos y rosas, entre otras aromáticas flores de la pujante primavera. Que si en Jerez no las hay todavía, se mandará por ellas a Sevilla o a la mismísima Valencia. Que los cofrades jerezanos no conciben un más lindo canastillo de flores, que el trono de su Virgen, profusamente exornado, sacado procesionalmente a la calle.

Y hay todo un mundo de fragancias entremezcladas con el incienso, cuando desfila ante nosotros un paso de palio, que nos huele a canela y a clavo, a menta y a limón, como en las viejas coplas flamencas. Y es una marea perfumada la que invade nuestros sentidos, cuando se acerca la Señora de la Paz, en su Mayor Aflicción, por el reducido espacio de Bizcocheros, de balcón a balcón,cimbreantes,sus bambalinas; o la tarde toda se hace Desconsuelo por el reducto de San Mateo; como cuando Santiago se estremece con su Desamparo moreno; y el Mayor Dolor es un lujo, por Escribanos, en la tarde luminosa del Jueves Santo; calle que se hace Valle de lágrimas, río de flores de su ribera por San Telmo...

De roilla toa la calle
que por allí caminando,
viene la Virgen der Valle
y hay que cantarle rezando.

Rezando o llorando pétalos de amor, en su Soledad transída, viene la Soledad por la Porvera, que más que por-vera es por verla, por verla a Ella que pasa, tan hermosa en su dolor, bajo el palio de la

noche estrellada.

Que La Pompi dicen que le cantaba a La Piedad, como nadie le ha cantado jamás por Santiago, cuando por la calle de la Sangre bajaban La Piedad y las Tres Marías, envueltas en bálsamo celestial ~~divino~~, después de amortajar el divino cuerpo de Cristo.

Es tan estrecha la cama
donde Jesucristo duerme,
que por no caber en ella,
un pié sobre el otro tiene.

¡Ay, los azahares y limoneros, allá entre los ramos de olivos del viejo jardín del Calvario, por donde La Piedad subía, de recogida, en la alta madrugada! Si ellos hablaran, podrían contar una historia de amor, ~~entre~~ bajo sus sombras, nacida entre flores y saetas enamoradas. Una historia que empezó aquél viernes Santo de 1959 y aún quiera Dios que continúe por muchos años. Noche inolvidable, humanamente sentida, y jamás igualada, ni repetida, en la vida de este humilde pregonero. Noche de perfume irrepetible y perdurable, para los restos de mi vida.

Si hay algo que pueda definir la puesta en la calle de una cofradía jerezana --cualquiera que sea su nombre--, la frase a emplear sería "buen gusto". Porque, indudablemente, un gusto exquisito, un esmerado paladar, es el que impera por doquier, como nota destacada de esa clase con que las hermandades de penitencia suelen sacar a la calle, procesionalmente, sus venerados titulares.

Generalmente no suele haber ninguna nota discordante de mal gusto, en los desfiles procesionales de la Semana Santa de Jerez. Y si así ocurriera, -que alguna vez sí que ha ocurrido- pronto se han impuesto la sensatéz y el buen gusto, para que ello no se vuelva a repetir.

Por eso, podemos decir, con bastante orgullo, visto desde la acera, que el más exquisito gusto reina entre todas las cofradías que desfilan en la Semana Mayor. Gusto que se hace patente en los más mínimos detalles de todos los elementos que puedan configurar, no sólo un paso, sino todo el complejo procesional. Desde la cruz de guía y los faroles que la acompañan, hasta el simpecado; pasando por el libro de reglas, las bocinas, las banderas, y el exorno flo-

rido de un paso-palio; la preparación de la candelería, los varales de plata, las bambalinas, las sayas y mantos de las Vírgenes y esa preciosidad tan frágil y alada de los candelabros de cola, magna orfebrería hecha encaje de bolillos.

Todo dispuesto con refinamiento, con gusto, como debe ser, demostrando con ello un celo admirable, no por competir con las demás, sino por ofrecer a las sagradas imágenes el más digno altar; que no otra cosa que altar callejero es ese paso que nos deslumbra, cuando pasa, y que llega hasta donde nosotros estamos situados, y se detiene, y nos deja boquiabiertos, mientras contemplamos absortos tanta maravilla y tanto joyerío cofradiero, pura filigrana de fé y de amor de un pueblo por su Semana Santa.

Tal vez, por eso, que sea el momento de cantar, una vez más y otra; y otra vez; y cientos de veces; esa saeta que brota espontánea, sentida y anónima, como bien hizo ver el poeta Julián Pemartín:

Se ha detenido el altar
y de un corazón contrito,
brota a los aires un grito,
que se vá haciendo cantar.
La muchedumbre es un mar,
que se aquieta de repente,
y en la noche penitente
se alza una golondrina,
que ha desclavado una espina
de la ensangrentada frente.

¡Estar a gusto! ¡Qué expresión más jerezana! Se está a gusto, cuando se está bien en alguna parte, con la familia, o entre los amigos. Pero ahí, en la calle, tambien nos encontramos a gusto, aunque estemos a solas, porque estamos esperando al mismísimo Jesús el Nazareno. No al de la efigie, que vá con la cruz a cuesta, sobre un paso, más o menos bonito, sino al Jesús de verdad, que nos imaginamos en esa imagen que se nos acerca en silencio; entre luces temblorosas.

Nuestra fé cristiana nos hace sentirnos a gusto, cuando llega el momento esperado de ese encuentro, tal vez el único, al cabo del año, con ese Nazareno de la mirada triste, que parece que nos habla y que posa su vista directamente en cada uno de

nosotros, cuando nos lo encontramos por las esquinas del alma, en su triunfal entrada bajo palmas y olivos; en el desprecio de Herodes o coronado de espinas; prendido o flagelado, siempre repartiendo salud, esperanza y vida. Ecce-Homo, he aquí al Hombre, junto al Mayor Dolor de todos los dolores humanos de un mundo desquiciado y lleno de maldades. Y escuchamos la sentencia, impávidos, jurando por las cinco llagas de Cristo y por las infinitas angustias de la Madre que...

La corona del Señor,
no es de rosas ni claveles;
sino de junquillo marino
que le traspasa la siene,
a ese Cordero Divino.

Sacramento de la Cruz, con la que todos comulgamos. Misericordias, Cristo de la Viga, que pasas con tu muerte de siglos, avanzando entre bengalas, por el reducto de la Catedral. Y en La Plazuela, ¿se puede pedir más Amor y Sacrificio, a una Madre, toda vestida de luto, sin más joyas que esa corona, hecha de espinas de zarza?

María, tú no necesitas
de tanto lujo y riqueza,
para parecer bonita;
naciste en la pobreza
y por eso eres bendita.

Susto del gusto justo por San Juan de los Caballeros, donde Cristo es Amor y María remediadora de todos los males del mundo. Que no hay pena como tus penas, Señor del Almendrillo y del Mercado, que te lo dice un desterrado, desde su almendral en flor. Que San Mateo, por San Blas, ya todo es Caridad, y no hay caridad si no existe amor.

Silencio, que ya se vé
la lú der día en la calle;
no é er só er que ilumina
é la Virgen la Esperanza
que a paso lento camina.

Y esta clara luz del alba hay que saborearla. Que ya está la Señora llegando a los propios "lumbrales" de su casa, a su Plazuela gitana y cantaora, a su Plazuela flamenca. !Que se abran ya las

puertas para el sol de su cara, que viene amaneciendo el día de la Esperanza! Esperanza de la Yedra, enredadera de suspiros a tu paso, que no cabe ni un alfiler en tu plaza, ni un rayo de sol besa su suelo, que todos, absolutamente todos, quieren besar tu cara, Yedra de La Plazuela, Yedra de los Gitanos, Yedra del pañuelo en la mano, para tanta lágrima dolorida. Que para tanta desesperanza, sólo está tu Esperanza, Esperanza.

Ahí los tienes Señora, a tus plantas rendidos, a tus gitanos del Campillo, a los de la calle Acebuche y a los que bajaron de los altos Alamos, donde Manuel Torre compuso su saeta inmortal y seguiriyera, para cantarla en tu honor, como una oración y una queja.

Toa la mare tienen pena y amargura,
pero la tuya é la mayó,
porque delante lleva a tu Hijo,
amarrao de pié y mano,
como si fuera traidó.

-

Mare mía de la Esperanza,
de la mañana lucero;
ar sé que vive llorando,
ampara en su desconsuelo.

-

!Oh, Mare mía de la Esperanza!
Ere bonita y jerezana;
tú ere la Mare de Dió
y der Cielo Soberana.

Con los cinco sentidos, totalmente entregado a su fé, el jerezano vive, con intensidad y apasionamiento, los misterios cristianos que conmemora la Semana Santa.

Con los cinco sentidos asiste a la estética deslumbrante de las cofradías en la calle. Una estética que el jerezano vé, como quien contempla un retablo del Bosco o un lienzo de Murillo; que oye, embelesado,en la marcialidad de fúnebres marchas procesionales,como quien se extasía escuchando la divina sinfonía de "El Mesías", de Haendel; que respira en todos sus aromas, como quien huele las flores del Paraiso; que saborea y paladea, como quien gusta de la vida celestial prometida; y que hasta llega a tocar con la mano, acariciando perfiles nazarenos, como si reposara la cabeza, junto al hombro y el pecho del propio Cristo resucitado.

Y cuando la Semana Santa se vive tan intensamente, con esos cinco sentidos, conque la vive este pueblo viejo y creyente, con la misma fé que nuestros mayores, forzosamente tiene que brotar el sentimiento hecho saeta, como catalizador de todos esos fervores y de todas esas singulares vivencias del espíritu.

Y ahí está la saeta de Jerez, compuesta a base de girones, quejíos y lutos seguiriyeros, nacida de la madre toná, sabe Dios si por arte de aquellos padres del cante de La Plazuela, que fueron Joaquín la Cherna, el señor Manuel Molina y Diego el Marrurro, hasta fructificar en la voz de clavel varonil, tronco de faraón gitano, del coloso Manuel Torre.

Y miren cómo era la saeta tremenda de este nazareno del cante flamenco, que como el que está en San Juan de Letrán, hasta necesitó de un Marquillo cirineo que le ayudara a llevar su cruz cantaora, aquella que le quemaba el pecho, descamisado como el de un legionario de Cristo.

Y hubo un hombre del pueblo, de este pueblo, al que llamaban Carapiera, al que pedían, cada Semana Santa, que cantara por delante de Manuel --que se tenía que llamar, tambien, Manuel, como el que está en San Telmo--, para que con su voz tirara de la voz del duende, que Manuel llevaba escondido en sus entrañas. Y así, dándole el tono, entonándolo, las saetas de Torre dicen que levantaban el vello y hacían que la gente, la sencilla gente pechisacá de este barrio del arrabal de San Miguel, se rompiera las camisas, llorara de alegría y se quedara ronca de tanto decir óle y dar vivas al Cristo de los Gitanos, al Cristo de Jerez, al que Manuel Torre le ofrecía cada Viernes Santo su voz saetera de lirio moreno.

La saeta gitana y pregonera de la Semana Santa de Jerez, es la voz del cante que dá sentimiento flamenco a toda esa contemplación de la Pasión de Jesús. La saeta es la voz de almuédano que levanta los corazones y los pone en vilo y los purifica. Pero la saeta debe ser siempre desinteresada, honrada y limpia como una patena, en la que poder ofrecer, cada Semana Santa, nuestro sufrimiento y el de los demás, como la oración más sentida, por jerezana y flamenca.

Gitanos de La Plazuela
y gitanos de Santiago:
Esta súplica yo os hago
por El Cristo y por su vela;
por la del Valle y La Yedra,
por el Prendi y el Nazareno,
que nunca tengais a menos
cantar una buena Saeta.

HE DICHO.-